



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO
FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Integrador Final

La sexualidad como acto político. Cuerpos, poder y
subjetivación.

Modalidad de Presentación: Ensayo
Autora: Príncipe Victoria
Legajo: P-5498/4
DNI: 19036097
Mail: principe.victoria.23@gmail.com
Docente: Lucía Brienza

2025

Agradecimientos

A la Universidad Nacional de Rosario, pública, gratuita y de calidad, quien me recibió cuando llegué a Argentina y fué la razón por la que nunca me quise ir. Incontables las personas que tuve la oportunidad de conocer y que me transformaron en la persona que estoy orgullosa de ser.

A mi familia por estar siempre presentes a lo largo de estos años, hacer este sueño posible y apoyarme incondicionalmente, gracias por estar aquí hoy con el esfuerzo que esto implica, es una profunda alegría para mí poder compartir este día con ustedes.

A Seba que con sus cuidados y compañía hizo más amena la recta final.

A cada uno de mis amigos por estar a mi lado, sostenerme en los momentos difíciles y festejar conmigo cada logro, de cerca y de lejos nunca dejaron de hacerme sentir acompañada y sostenida con palabras de ternura y aliento.

Y a mi querida casa de estudio, la Facultad de Psicología, por hacer posible mi deseo de ser psicóloga y por hacerme sentir en casa en un país extranjero. En estos pasillos conocí el orgullo de ser argentina.

Indice

Resumen.....	2
A modo introductorio.....	3
I. El uso de los placeres y el cuerpo.....	5
II. Materialismo y discursividad.....	6
III. Creación política.....	9
Conclusiones.....	13
Referencias Bibliográficas.....	14

Resumen

En este ensayo se aborda la sexualidad como acto político y su incidencia en la construcción de cuerpos y subjetividades actuales. A partir de conceptos clave como dispositivos de poder de M. Foucault y performatividad de J. Butler se reflexiona sobre cómo los ejes materiales y discursivos impactan en la producción de los cuerpos buscando la inercia y domesticación de los mismos. Por lo tanto la sexualidad se entiende un concepto complejo y campo de disputa de dispositivo de saber-poder que se ven reflejados en las políticas gubernamentales que responden al sistema capitalista. Se concluye sobre la posibilidad de desestabilizar el orden normativo dominante a partir de la hipótesis de que la recuperación de la autonomía del placer pueda formular prácticas de resistencia que abran la posibilidad de transformación subjetiva y social.

Palabras Clave: sexualidad - dispositivos de poder - performatividad - cuerpos

“No quiero ser una víctima ideal. Quiero ser libre, sucia, rota, deseante, peligrosa.”
Virginie Despentes

A modo introductorio

En las últimas décadas el campo de las ciencias sociales ha evidenciado un creciente interés por analizar cómo los cuerpos, los placeres y las sexualidades son construidos, regulados y normativizados por diversas formas de poder. Particularmente, desde la perspectiva de la psicología y los estudios de género, se plantea que la sexualidad no puede pensarse únicamente como un ámbito privado o exclusivamente biológico del ser humano, sino que debe comprenderse como un fenómeno complejo, social, discursivo y político, profundamente vinculado a las formas de organización del poder en contextos históricos específicos. En este marco, el presente trabajo propone analizar la sexualidad como un acto político, desde el momento en que se encuentra como espacio de control y regulación social se abren las puertas a la posibilidad de que haya una acción política emancipadora y de resistencia colectiva.

El problema de investigación que se aborda parte del interrogante: ¿cómo se configura la sexualidad como un campo político en el que se articulan relaciones de poder, producción de subjetividades e intervenciones normativas sobre los cuerpos? Otro interrogante que abre es acerca de la posibilidad de construir nuevas narrativas a partir de la manera de transitar la relación con el cuerpo y deseo propio, cuya materialidad se puede pensar mediante el uso de los placeres. Este problema resulta especialmente relevante en el campo de la psicología, en tanto esta disciplina ha participado históricamente en la producción de discursos y prácticas que han contribuido a clasificar, establecer normas o patologizar determinadas formas de vida, deseos e identidades. Comprender estas dinámicas permite no solo visibilizar los efectos que tienen sobre las subjetividades, sino también abrir el debate sobre nuevas formas de pensar la clínica y la investigación psicológica.

Conforme a lo desarrollado, la hipótesis de trabajo es que el uso de los placeres en la sexualidad opera como cuestionador de los roles de género tradicionales y es potencialmente un acto de resistencia al sistema dominante. Este ensayo busca reflexionar sobre los modos para problematizar, impugnar e incluso revertir los procesos de disciplinamiento, en la búsqueda de la recuperación de la autonomía del placer. En esta dirección, se supone la posibilidad de construir una nueva relación con el cuerpo y el deseo, que puedan escapar a las lógicas del control capitalista.

El objetivo general del trabajo es analizar la sexualidad como una construcción política atravesada por dispositivos de saber-poder que regulan los cuerpos, los placeres y los deseos. Se analiza la dimensión performativa del deseo y las formas de resistencia al régimen heteronormativo para explorar el potencial de los actos performativos disidentes y de las figuras monstruosas como formas de creación política y subjetivación no normativa. En este sentido, el placer, históricamente reprimido y disciplinado, puede pensarse como un arma política capaz de desestabilizar el orden normativo dominante posibilitando la formulación de prácticas de resistencia que se sostienen en el placer corporal, lo narrativo y lo colectivo.

La pertinencia del presente estudio se justifica a partir de tres ejes centrales. En primer lugar, una reflexión sobre las consecuencias de la represión de los placeres sexuales y sobre los dispositivos que han configurado la sexualidad como objeto de conocimiento y de control, tal como lo plantea M. Foucault a partir del concepto de biopoder. En segundo lugar, el aporte de autoras como S. Federici, J. Butler y V. Despentes permite ampliar la comprensión del cuerpo y el deseo como campos de disputa entre lógicas de dominación y posibilidades de resistencia. Desde la perspectiva de S. Federici se puede pensar como el quiebre del mandato reproductivo, desde J. Butler como fractura de las normas mediante las repeticiones de actos fallidos

permitiendo la emergencia de identidades diversas por medio del deseo, entendido como campo político de disputa entre la organización material y la economía del placer. Ambas autoras coinciden en entender el cuerpo como construcción política. En tercer lugar, este análisis ofrece herramientas conceptuales para repensar la práctica psicológica desde una perspectiva ética, situada y no normativa, que reconozca la diversidad y legitimidad de los modos de habitar el cuerpo y el deseo.

En conclusión, este trabajo busca repensar la sexualidad desde una perspectiva crítica que permita abrir posibilidades de transformación subjetiva y social, contribuyendo a la construcción de una psicología más ética e inclusiva.

I. El uso de los placeres y el cuerpo

¿Es posible pensar la sexualidad como un acto político? ¿En qué condiciones?

Para empezar es necesario entender que todo acto puede pensarse como político en la medida en que está situado en una multiplicidad de relaciones de poder que responden a un dominio y organización determinada, y que paralelamente permiten el surgimiento de contradicciones y enfrentamientos a ese orden establecido. (Foucault, 1967)

De acuerdo a la perspectiva del autor que piensa el poder como un entramado de relaciones, ¿cuál es la relación entre las mismas y la sexualidad?

En principio resulta complejo definir la sexualidad ya que sigue siendo un campo de disputa entre saberes y poderes. A lo largo de este escrito se busca investigar este concepto a través de estudios de género con perspectiva feminista de diferentes autores y autoras.

Se entiende que la relación entre sexualidad y poder se va delineando de forma cada vez más marcada a lo largo de los cambios socio-históricos que acompañan al desarrollo del capitalismo y del liberalismo. En este trabajo se exploran los modos que fueron apareciendo y que se entienden polimorfos de controlar la producción misma de la sexualidad persiguiendo fines políticos.

Se observa a partir del siglo XVII en países occidentales un cambio en la organización y mecanismos de poder ligado a la administración de la vida mediante el uso de discursos, prácticas e instituciones; se diferencia del poder soberano previo, cuya característica predominante era el poder de decidir sobre la muerte de los individuos. Esta nueva forma se puede nombrar como biopoder, aquel que se ejerce sobre la vida, enfocándose en dos polos, por un lado en el cuerpo como máquina y por el otro en el cuerpo como especie en su conjunto, con lo que respecta a la reproducción, los cuerpos y la salud pública. Ya para el siglo XVIII M. Foucault introduce el término de biopolítica para definir aquellos modos de funcionamiento de los aparatos gubernamentales que tienen como objetivo el cuerpo social, apoyados en los nuevos estudios sobre la población. (Foucault, 1967)

Es decir, el poder se despliega en la manera de regular y gestionar la vida, los cuerpos y las relaciones entre los mismos. Este enfoque respondía al objetivo de crear el cuerpo trabajador, productivo, requerido por los desarrollos económicos de la época. Dos grandes herramientas que utiliza son la producción de saberes, principalmente apoyando a los discursos médicos y jurídicos, y el disciplinamiento de los cuerpos. Por lo tanto el campo de la sexualidad se vuelve particularmente pertinente a la aplicación de dispositivos de poder por ser punto de encuentro tanto de técnicas de biopoder como de disciplinamiento.

Se utiliza el término dispositivo para analizar el funcionamiento de las relaciones de poder, entendiéndolo como el entramado de la red de relaciones - su naturaleza y estructura - entre elementos heterogéneos (en el cual comprendemos discursos, actores, instituciones, reglamentos y leyes, lo dicho y lo no-dicho, entre otras cosas), y que responde a una urgencia de un determinado momento socio-histórico, lo cual significa que tiene una función específica. En esta función vemos el objetivo de la producción política de conductas y de sujetos. (Foucault, 1979)

Mediante estos dispositivos se logra construir identidades y prácticas que determinan los sujetos, su modo de existir, de desear, regula qué acciones están permitidas y cuáles no. Se constata en esa época la aparición de las categorías "histórica", "homosexual" por ejemplo, entendidas como formas de ser, personajes que que tenían que ser domesticos de alguna forma.

Particularmente se toma el dispositivo de sexualidad para describir una de las herramientas políticas que se construye en el siglo XVIII y que busca penetrar los cuerpos mediante diferentes técnicas con el objetivo de extender de forma permanente el dominio y el control de la economía de los placeres en la población. En este nuevo

dispositivo queda el cuerpo ubicado como objeto político - incluyendo desde lo fisiológico hasta el sentir mismo de las sensaciones - pensado en su producción material. En este dispositivo se reconocen cuatro elementos, que encarnan la relación entre saber y poder, fundamentales: la histerización del cuerpo de la mujer, donde el conocimiento ligado a este queda saturado de sexualidad, integrado al saber médico y difundido en el cuerpo social; la pedagogización al sexo en los niños y niñas, entendiendo que las prácticas sexuales eran naturalmente difusas en ellos, pero condenándolas moralmente alegándole peligros físicos, dejando a cargo de diferentes instituciones, como familia y educadores, la responsabilidad sobre las mismas; la difusión del modelo de familia procreadora, mediante operaciones políticas y económicas en su apoyo y campañas ideológicas, entre otras; y por último la psiquiatrización de los placeres perversos, normalizando o patologizando las conductas, las cuales quedan reguladas o excluidas del sistema. Todos estos elementos responden a estrategias políticas que apuntan a producir la sexualidad. (Foucault, 1967)

Respecto de este campo de producción de saberes, en 1999 M. Foucault en *Estética, ética y hermenéutica* compara las culturas orientales y occidentales. Plantea que en occidente a finales del siglo XIX se producen en simultáneo dos fenómenos opuestos, por un lado hay desarrollo en exceso de saberes médicos y científicos sobre la sexualidad apuntando al fantasma de la verdad del sexo, por el otro lado, hay un profundo desconocimiento en los individuos particulares sobre su propia sexualidad y su propio deseo. El autor opone estas construcciones de saberes con aquellas que se producen en países orientales, donde el campo de la sexualidad resulta ligado al arte, con el propósito de intensificar los placeres, lo que se podría decir la producción de un arte erótico.

¿Qué se puede observar en esta comparación? Un ejemplo de cómo la fabricación de conocimientos puede ser guiada por diferentes estrategias políticas hacia distintas direcciones, donde la calidad de la misma es determinante en la producción de subjetividades.

Se entiende que el uso de los placeres a lo largo de la historia fue un régimen político y las prohibiciones en el ámbito sexual fueron definiendo diferentes formas históricas de represión marcando también una historia de la ética, entendida como elaboración de una forma de relación consigo mismo que permite al individuo construirse como sujeto de una conducta moral. (Foucault, 1976)

Pero M. Foucault también habla de que frente a estos mecanismos de poder, las resistencias se posicionaron justamente recuperando lo que ese poder invadía: "en la vida del hombre en tanto que ser viviente [...] el derecho a la vida, al cuerpo, a la salud, a la felicidad, a la satisfacción de las necesidades [...] fue la réplica política a todos los procedimientos de poder". La misma red que captura también puede ser usada para escapar. (Foucault, 1967, p. 175)

Ciertamente este dispositivo construye la noción misma de sexo, razón por la cual se considera que el cuerpo queda en un lugar favorable de lucha política para hacer resistencia al discurso capitalista, dando lugar a la sexualidad como problema político. Si los discursos dominantes van delimitando lo que queda incluido y lo que queda excluido de un sistema social, ¿qué lugar le queda a esos cuerpos y prácticas que no se amoldan a las normas?

II. Materialismo y discursividad

Para sostener el sistema económico capitalista fue necesaria la producción de la fuerza trabajo mediante el disciplinamiento de los cuerpos, como parte de los dispositivos de poder utilizados.

Ahora bien, ese disciplinamiento busca utilizar el potencial de las masas, y así fue como el cuerpo se vuelve protagonista de las políticas sociales, tomado como

representante de los individuos que tienen que transformarse en proletariado para el Estado y la Iglesia, aliados con el objetivo de transformarlo en la máquina de trabajo primaria, siendo su condición de existencia así como su límite principal. Esta perspectiva es impulsada por la filosofía mecanicista, de gran incidencia a partir del siglo XVI que dispone del cuerpo humano disciplinando, regulando y explotándolo para que produzca y reproduzca fuerza de trabajo. Esta concepción muestra el énfasis en la búsqueda de la inercia del cuerpo, para que sea algo que no siente ni desea nada, un cuerpo dócil y despojado de voluntad propia. (Federici, 2004)

En otras palabras, se puede observar durante este proceso como la enajenación con respecto al propio placer se transforma en un componente necesario para entrar a hacer parte de esa porción de individuos integrados en el sistema. Lo cual tuvo consecuencias en la relación con el cuerpo y el deseo.

Este cuerpo-máquina tiene que tomar distancia de sus pasiones y responder a las necesidades que la sociedad tiene sobre él, alienando el sujeto de su propia materialidad, que queda reducida a mero contenedor de fuerza de trabajo, siendo esta última una mercancía que se puede medir en tiempo. Esta alienación no se reduce a la separación entre mente y cuerpo sino que se extiende a la naturaleza entera. El dominio de sí, la razón, se vuelven un ideal de la burguesía y el instinto algo demoníaco a dominar. Hasta las funciones corporales más naturales son empujadas hacia la vergüenza. El cuerpo se vuelve así un significativo político que redefine las relaciones de clase y la filosofía mecanicista una gran aliada de la clase dominante, tanto en lo que respecta al control sobre la masa social como sobre la naturaleza. (Federici, 2004)

La autora S. Federici utiliza la representación del calibán, un ser no humano condenado a servir sus instintos para representar los individuos que había que dominar, a los cuales se les había expropiado las tierras que trabajaban y que ahora tenían que aceptar e integrarse al sistema de trabajo asalariado. Para lograr el objetivo fue necesario un proceso que se mantuvo desde el siglo XV hasta el siglo XVIII. La estrategia de los burgueses fue en principio aumentar las torturas y ejecuciones generando un régimen de terror, prohibiendo hasta los momentos de disfrute, como juegos o lugares de encuentro como las tabernas, pero hallándose con la resistencia de los individuos. Esos cuerpos eran su mayor riqueza, por lo cual se fueron ampliando las técnicas para lograr el disciplinamiento de aquellos que se revelaban y que venían representados de formas específicas: como mendigos/as, criminales, brujas, ancianos/as. (Federici, 2004)

Simultáneamente al clima de fuertes restricciones y extrema violencia se traza en el ámbito académico un fuerte interés por la anatomía, cuyo resultado es una sobreproducción de saberes. Se observa tanto en M. Foucault como en S. Federici la contemplación de una dicotomía entre violencia e indagación profunda respecto de la sexualidad. El autor habla del despliegue de dispositivos de saber-poder que responden a la organización política de la vida que vuelven el cuerpo el primer terreno de acumulación capitalista y objeto de constante observación.

Esta búsqueda científica casi obsesiva S. Federici la rastrea en el objetivo de distinguir y calificar hasta sus últimos términos todos los componentes del cuerpo para lograr el dominio absoluto sobre el mismo que encontramos en los estudios sobre la mecánica del cuerpo. ¿Cómo logran ese disciplinamiento social? Lo vemos ejemplificado con la caza de brujas, es el nacimiento del uso científico de la tortura. (Federici, 2004)

Efectivamente se buscaba homogeneizar el comportamiento social logrando un cambio profundo en los individuos, no se trata simplemente de reprimir los comportamientos no productivos sino lograr que el cuerpo social acepte el trabajo proletario y la disciplina que requiere. Con esta perspectiva es que terminan prohibidas y perseguidas también aquellas prácticas sexuales que no cumplen con ninguna función específica. En este campo vemos de nuevo una fuerte alianza entre Iglesia y Estado para suprimir esos actos ligados al simple disfrute, al goce de la vida, y además se domestica al cuerpo femenino para que sea meramente productor de mano de obra.

Un elemento importante del proceso de instauración del sistema capitalista y del disciplinamiento de los cuerpos fue la caza de brujas, que se mantuvo hasta el siglo

XVIII, cuando empezaron a verse afectadas aquellas personas burguesas o influyentes que en principio la habían promovido, y habiendo ya cumplido con el objetivo de destruir el potencial subversivo de la brujería se ve interrumpida su persecución. (Federici, 2004)

La caza de brujas tenía como sus principales víctimas a mujeres. Históricamente las brujas, o quienes se declaran tales, siempre existieron pero recién en esos siglos se empiezan a perseguir. Cualquier mujer podía ser acusada de brujería y esto generó lo que parecía una guerra contra las mujeres, lo cual debilitó fuertemente la resistencia del pueblo campesino, dividiendo profundamente los hombres de las mujeres e inculcando cierto miedo de ellas, logrando así redefinir el orden de la reproducción social. En este proceso se observa también el aislamiento de las mujeres, su desplazamiento al ámbito privado y la prohibición al acceso de conocimientos, hasta los que siempre les habían pertenecido como es el caso de los saberes ligados al parto, de los cuales fueron expulsadas por los médicos, cuya formación era exclusiva para los hombres. Los métodos anticonceptivos, aquellas prácticas sexuales no ligadas a la reproducción entre otras cosas fueron relacionadas a las brujas generando su consecuente persecución. (Federici, 2004)

Particularmente el deseo femenino, visto como amenazante del orden capitalista, busca ser regulado y disciplinado para lograr restringirlo al campo reproductivo aislandolo de toda forma de placer, normalizando, prohibiendo, patologizando y persiguiendo de manera sistemática aquellos aspectos de la vida cotidiana que salen de la norma que se busca imponer. En este escenario las pasiones se relacionaban al diablo y las brujas eran acusadas de establecer pactos con él. (Federici, 2004)

La misma relación demoníaca con las pasiones sexuales S. Federici la rastrea tanto en relación a la brujería como en la ideología racista, el mismo dispositivo de persecución es trasladado a América para someter a las poblaciones locales. Esta perspectiva reafirma pensar la sexualidad como un campo político, sometido a la lógica del capitalismo, donde las identidades emergentes de las imposiciones históricas responden a la organización del trabajo.

En suma, la sexualidad se puede entender como una configuración de saber-poder que determina normas, roles, maneras de desear en base a esos roles, comportamientos y en consecuencia también identidades, formas de ser y estar en el mundo.

La autora M. Witting la define como construcción social y política y hace una crítica a la heterosexualidad como régimen regulador por excelencia y no como forma natural de vivir la sexualidad y cuyo objetivo es someter las mujeres a los hombres; rompe así con la idea del deseo heterosexual como natural, reconociéndolo como atravesado por el poder. (Witting, 1992) Cuestionar y desnaturalizar la construcción de sexualidad es un acto político de resistencia y una posible herramienta de transformación subjetiva.

Los dispositivos de poder, para retomar las palabras de M. Foucault, producen discursos, saberes, prácticas y por consecuencia también generan realidades, sujetos e identidades. La autora J. Butler introduce el término de performativos para aquellos actos que al repetirse bajo determinadas normas generan y producen cuerpos y subjetividades. Esto se puede relacionar con el concepto de discurso de M. Foucault como aquello que produce lo que nombra, no sólo lo describe sino que lo vuelve inteligible para una sociedad, generando algo con el lenguaje. (Butler, 2007)

¿Qué determina la repetición de estos actos? Precisamente son los dispositivos los que establecen las normas que generan que un acto sea esperable o menos, se entiende que no hay ser previo a la acción, sino que es por cómo se actúa que se determina el ser.

Lxs autores I. Stengers y P. Pignarre utilizan la proposición “flujo reorganizador movable” para describir el modo de funcionamiento de este sistema que se fue construyendo y reforzando a lo largo de siglos, mediante fabricaciones y técnicas diversas que se renuevan todo el tiempo y que a la vez dan la percepción de ser una construcción sólida e ineludible. Proponen definir al capitalismo como brujería, no como

metáfora sino como un hechizo en sí mismo. Con este concepto buscan transmitir la capacidad del sistema de capturar y transformar para su servicio hasta las fuerzas que se le oponen como por arte de magia, de forma violenta y que parece inevitable. Ni las críticas ni las alternativas logran anular la fuerza discursiva del sistema brujo que en esas mismas acciones, además que en las estrategias infernales de lxs aliadxs, existe, cobra fuerza y genera efectos en lo subjetivo. Las palabras tienen poder, por lo cual lxs autorxs proponen términos que tengan un valor operativo, no solo de denuncia, sino términos de los cuales no se pueda evadir y que permitan descifrar el dominio y el tipo de potencia del sistema. (Stengers y Pignarre, 2017)

¿Cuál es ese valor operativo? Que logren generar un agarre sobre el sistema, más allá de la pura teoría, esta última independientemente de los matices que pueda tener resulta relegada a ciertos ámbitos y queda atrapada en las alternativas infernales del sistema. El trabajo a realizar no es por fuera del sistema sino desde adentro ya que una de las características del capitalismo es que no se apoya en un poder centralizado sino en los actores cotidianos aliados, de los cuales es imposible prescindir ya que hacen existir las normas, los reglamentos, los modos de actuar. Se puede decir que reproducen todo el tiempo las condiciones materiales y discursivas que sostienen el sistema tal y como es.

Siguiendo la misma línea de pensamiento se entiende que las normas sociales imponen roles y ahí podemos delinear los roles de género que se fueron reiterando e interiorizando, haciendo que también el género sea un efecto de esas relaciones de poder y a la vez sea productor de identidades. En suma, los sujetos son efecto del poder, pero a la vez son su condición de existencia, por lo cual en la aparición de fallas en la repetición encontramos puntos de resistencia, la posibilidad de transformar las normas; desde el momento mismo en que existen repeticiones fallidas, hacen ruido y perforan a la performatividad; ahí se pueden situar las identidades, sexuales y de género, no normativas - como las queer o no binarias - que aparecen como desviaciones. El género no es una esencia sino que es una norma performativa que modela al deseo siendo productor y regulador dentro de un contexto cultural que se dice natural. (Butler, 2007)

Es dentro de los elementos del dispositivo que se encuentra el deseo, que si materialmente esta reprimido y organizado para servir el capitalismo, discursivamente se ordena a partir de la matriz heterosexual que indica lo que se puede desear, las practicas "autorizadas" y las que están prohibidas o condenadas socialmente. En el cruce de los ejes materiales y discursivos encontramos el cuerpo y las prácticas corporales y sexuales subversivas a la norma, las cuales abren el espacio a actos performativos disidentes que desestabilicen la norma abriendo la posibilidad de identidades y deseos no regulados. En resumen, el placer mismo es efecto del poder pero en su existencia tiene un potencial desestabilizador para los discursos dominantes. Por lo tanto, ¿de qué manera se puede pensar un acto de resistencia en el campo de la sexualidad?

El regimen heteronormativo connota el deseo como naturalmente heterosexual, el cual se instaure como tecnología normativa; de esta manera puede reforzar o fracturar una determinada construcción de género y la orientación sexual que hacen ininteligible a los sujetos en la sociedad. La manera de desear misma confirma la coherencia del género, pero hay un deseo que rompe esa norma, que se sostiene en la imposibilidad misma de cumplir con ella, y es lo que la autora J. Butler nombra como deseo queer, este es una repetición fallida que introduce prácticas que perturban el orden establecido, actos performativos disidentes y desvíos de la ley impuesta; así se puede pensar al deseo como subversivo. (Butler, 2002)

III. Creación política

Se introduce el concepto de pragmática como una manera de hacer y pensar que puede abrir grietas en la lógica dominante; tiene que ver con no recurrir a juicios, desafiar

las garantías teóricas y “prestar atención”, sustentándose en la puesta a prueba de la eficacia de palabras y actos. Se experimenta, y su valor está en la efectividad de lograr una manera de pensar y de sentir que interrumpe el automatismo del sistema. Se propone la metáfora de las recetas, “funcionan” pero no hay una explicación generalizable y reproducible del porque, simplemente tienen un poder y este tiene que ser relevado por alguien. Tiene que ver con “dar un voto de confianza”, entendiendo que lo que produce una transformación es el voto mismo, la acción es lo que suscita lo que de ella depende. Así una proposición pragmática va a responder a cualquier objeción planteando la necesidad de prestar atención - lo que requiere cualquier receta - y volver a aprender a partir de eso. (Stengers y Pignarre, 2017)

Un ejemplo de resistencia pragmática se puede encontrar en el libro *Teoría King Kong* de V. Despentes (2012) quien con palabras contundentes habla de una lucha desde los cuerpos indisciplinados, desde las heridas, el deseo, la reivindicación del placer y desde el derecho a vivir la vida de manera fiel a unx mismx; la autora se caracteriza por un estilo de escritura crudo que refleja condiciones de vida reales tomando distancia de condiciones ideales para vivir y para luchar. No pide permiso ni perdón por sus actos, no acepta el lugar de víctima ideal, y con sus palabras resignifica la narrativa de sus vivencias, de esta manera logra la escritura de un relato alternativo que tenga fuerza subjetivante. Esta perspectiva se puede pensar en la misma línea de pensamiento de I. Stengers y P. Pignarre, es decir, no pensarse víctimas, no quedarse en ese lugar, sino volverse capaces de habitar de nuevo esas zonas de experiencias devastadas.

Se puede diferenciar entre política mayoritaria y procesos de creación política, las cuales no son excluyentes entre sí pero se encuentran en posiciones no simétricas; la primera incluiría lo que tiene que ver con asuntos que se consideran de estado y que se apoyan en valores consensuales como pueden ser la Seguridad Social o la Cultura. Mientras que la segunda tiene que ver con una urgencia, primero y principal de defender el acontecimiento de ideas espontáneas e imprevisibles del envenenamiento del sistema, y segundo de producir una fuerza capaz de sostenerse en la acción misma. (Stengers y Pignarre, 2017)

La lucha política no es una simple creación espontánea de perspectivas sobre el sistema, un caso para pensarlo puede ser en términos del concepto de los derechos, sino que necesita cuestionar las propiedades de esos saberes así como de sus usos; en la política es intrínseco y necesario el pase a prácticas que activen algo en la población, que generen un agarre. La autonomía creativa tiene que ver con la existencia de espacios en los cuales se reúnan individuos que quieran someter a prueba las proposiciones que problematizan; tiene que ver con la posibilidad de romper con la supresión de las objeciones como puede ser en nombre del positivismo científico que se declara apolítico. (Stengers y Pignarre, 2017)

Es la creación de una narrativa alternativa cuyas posibilidades busca interrogar este ensayo, y cuyo agarre se puede observar en las prácticas cotidianas más allá de la comprensión profunda de sus efectos. Narrativas que se inscriben en cuerpos deseantes, heridos, no domesticados. Y en esa fuga puede aparecer una sexualidad que rompa con los moldes establecidos, que sea pura acción corporal, situada y rebelde, insurgente y que permita la aparición del placer, volviéndose este último un arma política que hace que ceda la captura capitalista de la producción y reproducción de fuerza trabajo.

V. Despentes dice “Estoy contenta conmigo, así, más deseante que deseable. De modo que escribo desde ahí, desde aquellas, las no vendidas, las piradas, las rapadas...” (Despentes, 2012, p. 7) y una lista de palabras que manifiestan atributos rechazados por la sociedad. La autora habla del trauma, del placer, del trabajo sexual, desarma la narrativa victimista sin negar la violencia de esas situaciones y escribiendo se reapropia de esos relatos, toma el poder de abrir la puerta a otra subjetividad posible. Se busca generar nuevas alianzas en el cuerpo colectivo, y esto se lee tanto en esta autora como en I. Stengers y P. Pignarre que formulan acciones desde las condiciones reales de cada individuo, con lo que se pueda y lo que se tenga, se busca conjurar, entendiéndose esto como las prácticas colectivas de resistencia que posibilitan no dejarse capturar por el

dispositivo capitalista y que apelan al poder de las comunidades, de los cuidados, de los afectos, de los placeres haciendo sentido a partir de las condiciones reales y de la creación.

No se trata solo de denunciar algo, se trata de presenciar a la comparsa de una nueva versión de lo acontecido y participar de ese acontecimiento cuyo desafío es el pensamiento y su protección, no se trata de reflexión teórica sino de “un sonido que se refleja de cuerpo vibrante en cuerpo vibrante” (Stengers y Pignarre, 2017, p. 181) que cause una transformación; se logra “conjurar” cuando se crea un nosotros en el acto, rompiendo el “hechizo” del sistema.

Si las narrativas dominantes convierten a los individuos en fuerza trabajo, consumidores dóciles y sujetos rentables, ¿cómo pensar la resistencia pragmática en el campo de la sexualidad? Para empezar, reconociendo el poder de las palabras, produciendo un relato alternativo de lo vivido, haciendo espacio a la contradicción y al deseo, y luego experimentando una sexualidad que rompe con el modelo tradicional, creando una matriz nueva. Se trata de conjurar y narrar desde los márgenes, tomar el cuerpo deseante como campo de insubordinación, usar la palabra como hechizo colectivo y romper con las normas establecidas.

La narrativa es performativa en la medida en que su alcance llega hasta las prácticas institucionalizadas, sociales y discursivas. Así es que la identidad es un efecto, ya que el sujeto es producido por el acto y no previo a él, razón por la cual si se puede empezar a reproducir un acto que rompe con la norma es posible lograr la subversión como forma pragmática de resistencia, no es por fuera del sistema sino desde adentro que se puede alterar la narrativa performativa. (Butler, 2007)

Se analiza el uso de figuras monstruosas de la cultura popular en la literatura empleada para representar aquello que hace resistencia y cuestiona el poder, provocando y desafiando el sistema: lo es el calibán que nombra S. Federici, King Kong que nombra V. Despentés o las brujas que aparecen como figuras místicas y poderosas que no pueden ser normalizadas. Se exhiben estos personajes con el objetivo de generar un acto político en la medida en que desafían las estructuras dominantes usando imágenes y símbolos potentes, generando el rechazo del sistema. El monstruo se convierte en un símbolo de resistencia, desobediencia, que rompe con la norma e interrumpe con lo válido en la narrativa hegemónica. Se puede pensar como pragmático en la medida en que actúa desde su exceso, su misma materialidad expone la falla del sistema.

Otros ejemplos que responden al concepto de monstruo pueden ser: la figura de la puta, como aquella mujer que no cuida de su imagen ni de su deseo, por lo cual hace resistencia a la representación de la feminidad decente y discreta; o la víctima de violación que no se resiste y que no deja de hacer lo que hacía previo a la violación, de esta manera subvierte la norma actuando “mal”, y contándolo puede habitar el lenguaje para decir otra cosa de lo esperable y de esta manera interrumpe el funcionamiento del sistema del modo en que se impone. De esta manera aparece una redistribución de los poderes que no se anexa a una lógica de la producción.

En J. Butler aparecen esos cuerpos que no cuentan como tales por quedar excluidos del sistema, no inteligibles por estar por fuera de la narrativa dominante y ser considerados desechos o fracasos por la lógica capitalista. Los monstruos serían ese retorno de lo excluido, que a la vez es condición de existencia del sistema dominante: lo queer, el cuerpo deseante, lo obscuro, lo disruptivo, los cuerpos discapacitados, los cuerpos gordos, los cuerpos racializados. (Butler, 2007)

Los excluidos abren las puertas a la redistribución del poder a partir de lo corporal, no aceptan el mandato de la productividad, se exhiben sin pedir permiso, buscan producir espacios que no existan a partir de su exclusión - un ejemplo pueden ser las *ballroom* - crean palabras nuevas para hacer inteligible lo que aún no lo es, visibilizan zonas oscuras, disuelven y distribuyen el poder del sistema.

Toda creación política tiene la necesidad de que quienes están involucrados en ella sepan producir lo que necesitan para que la situación les exija pensar. El círculo de la

pragmática bruja es una respuesta a esta necesidad. hace existir una situación de un modo irreductible. traza un círculo y con eso fábrica un cierre, una separación, lo cual está intrínsecamente ligado a lo colectivo de lo cual toma fuerza, se transforma en el espacio de una experiencia irreductible a lo individual que busca cuestionar. Si se deshace el círculo, la intención es que habiendo aprendido ahí puedan ser capaces de enseñar lo que aprendieron o de participar de otros círculos y otras fabricaciones. Cualquier situación puede ser deliberada, experimental y fabricada colectivamente. Lxs autorxs proponen el término de sondeadores para responder a la necesidad de crear espacios que den respuestas a la necesidad de lucha contra lo que envenena. (Stengers y Pignarre, 2017)

Se propone retomar el placer entendido como uno de los elementos claves de los cuales se agarró el dispositivo de sexualidad que plantea M. Foucault y repensar el uso de los placeres como posibilitador de creación política, de fallas en el discurso, de brujería, de relatos alternativos, de nuevos modos de actuar. Se interpreta la resistencia a partir de un cuerpo deseante, ni dócil ni domesticado, y de una sexualidad no normativa, que escapan de las alternativas infernales del sistema que parecen ineludibles.

Conclusiones

A lo largo de este ensayo se ha argumentado que la sexualidad es un campo complejo que no puede comprenderse al margen de los dispositivos de saber-poder que organizan la sociedad actual. En efecto, para sostener el sistema económico capitalista ha sido necesaria la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, proceso en el cual el disciplinamiento de los cuerpos ha jugado un papel fundamental. En este marco, la sexualidad opera como un dispositivo que configura normas, roles, modos de desear, comportamientos y, en consecuencia, identidades. Se trata de una tecnología política que inscribe en los cuerpos ciertas formas de ser y estar en el mundo, orientadas por las exigencias de productividad, normalización y control.

Interrogar esta construcción, cuestionarla y desnaturalizarla constituye un acto político de resistencia. Desde esta perspectiva, el cuerpo no es simplemente un objeto del poder, sino también un campo de significación cultural y una superficie de inscripción donde las normas se disputan. En la línea de J. Butler, V. Despentes, I. Stengers y P. Pignarre, se propone pensar la resistencia no desde lo heroico, sino desde prácticas encarnadas, deseantes, situadas, que interrumpen el funcionamiento normalizado del dispositivo. Si, como plantea J. Butler, no hay un ser previo al acto, sino que es en la repetición de actos normativos donde se produce la identidad, entonces desobedecer esa repetición - actuar "mal", de manera no esperada - puede abrir grietas en el sistema.

Así, la creación de narrativas alternativas se vuelve central: relatos que escapan de las categorías hegemónicas y que emergen desde los márgenes, desde cuerpos que no se dejan domesticar, desde el goce que insiste, desde lo que aún no tiene nombre. Estos cuerpos deseantes y heridos desafían las lógicas dominantes. Se inscriben en una sexualidad que no responde al deber ser, que no se subordina a la lógica productiva, y en esa desobediencia generan nuevas formas de existencia.

Estas prácticas de resistencia se expresan también en lo colectivo: en escenas como las ballroom, donde emergen nuevas palabras o se resignifican, y se construyen espacios no previstos por el sistema. Allí donde el discurso hegemónico produce exclusión, lo excluido se vuelve productivo en otro sentido: no en términos de utilidad económica, sino en la creación de mundos posibles. Desde el conjuro, la palabra, la acción encarnada, se disuelven y redistribuyen los poderes. El placer —históricamente reprimido o normalizado— puede entonces pensarse como una fuerza insurgente, un arma política que desestabiliza la captura capitalista.

Este ensayo ha buscado explorar esa fuga: pensar una sexualidad no normativa, entendida como pura acción corporal y narrativa insurgente. Una sexualidad que rompa los moldes establecidos y permita imaginar una subjetividad que no se subordine al sistema. En conclusión, se propone retomar el placer no como objeto de control, sino como potencia de creación política. Si el cuerpo es atravesado por el poder, en el placer de esa misma materialidad no hay que dejar de pensar en la potencia de una resistencia que emancipe escapando de la lógica capitalista, machista y patriarcal.

Referencias Bibliográficas

- Butler, J. (2007). *El género en disputa*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Despentes, V. (2012) *Teoría King Kong*. Buenos Aires: El asunto.
- Dumont, C. C. (2011). *El placer sexual como arma política*. [tesis de doctorado, Universidad de Granada]
- Federici, S. (2004). *El Calibán y la bruja*. Barcelona: Editorial Tinte Limón.
- Foucault, M. (1967). *Historia de la sexualidad Tomo 1*. Buenos Aires: Editorial Siglo Veintiuno editores.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la sexualidad Tomo 2*. Buenos Aires: Editorial Siglo Veintiuno editores.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica del poder*. Madrid: Editorial La Piqueta.
- Foucault, M. (1999). *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Stenger, I. & Pignarre, P. (2017) *La brujería capitalista*. Buenos Aires: Hekht Libros.
- Witting, M. (2006). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Editorial Egales.

Hoja de firmas